



COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1700

Del académico de número don Oscar
Vázquez Lucio, acerca de

GERMÁN BERENGUER Y LA CHISPA CÓMICA

Señor Presidente:

El 28 de mayo de 1891, nacía en Aldea Nueva de Ebro, Logroño, Castilla la Vieja, quien se convertiría en un singular personaje del Buenos Aires de los años '40, y que vaya a saberse por qué descuido periodístico no ha sido incorporado a la lista de figuras “inolvidables”.

Todo porteño o habitante circunstancial de Buenos Aires que teniendo uso de razón en aquella época (los septuagenarios de hoy eran casi bebés entonces), haya viajado en tranvía, frecuentado bares o aguardado el comienzo de una función teatral en el *hall* de la respectiva sala, ha tenido casi con seguridad ocasión de conocer al personaje aludido, del que también se ocuparon algunos medios gráficos por aquellos días. Seguramente la mayoría de los mismos que llegaron a conocerlo no lo identificarían por su nombre, sino por el latiguillo “Yo la escribo y yo la vendo”.

Se llamaba Germán Berenguer; vino a la Argentina en 1912, empleándose en la casa de artículos de lana La Religiosa; trabajó como viajante en esa empresa, hasta instalarse con tienda propia en Salta, de donde se trasladó a Buenos Aires en 1926, estableciéndose con una nueva tienda en Independencia y Maza, para mudarse luego a San Juan y Liniers, donde llegaría a tener ocho vidrieras. Tras la revolución de Uriburu en 1930, las cosas empezaron a andar mal y se trasladó a Varela y Avenida del Trabajo, y después a Boedo 1076, entre Cochabamba y San Juan, hasta que en 1936 inició su atípica experiencia editorial, que acompañó después colaborando en revistas como *Atlántida* y desempeñándose como corrector de pruebas en los diarios *El Líder* y *La Prensa*.

La atípica experiencia editorial se llamó *La Chispa Cómica*, publicación que en el formato de 18 x 26 centímetros y en un número de páginas que oscilaba entre 8 y 16; incluía un material relativamente variado, aunque al recorrer sus páginas aparecía con cierta reiteración la firma de Berenguer, quien para los chistes gráficos acudía a menudo a dibujos de autores extranjeros, a los que creaba un nuevo texto, si bien también solía encargar sus dibujos a algunos colaboradores más cercanos. Sin embargo, lo más singular de esta “experiencia” era su forma de “distribución”: Berenguer salía a vender su propia revista “desde la Boca a Palermo; de Plaza Mayo a Liniers; de Retiro a Mataderos”, pregonando –tal como lo consignaba el slogan de *La Chispa Cómica*–: “Yo la escribo y yo la vendo”. Un sistema que no escaparía a la observación de Luis Canela (Luis Malmierca Cané), quien en 1941, lo “pintó” desde las páginas de *Crítica* con estos versos:

[...] En cafés, en almacenes,
en los parques, en el puerto,
en cada esquina porteña,
en el balneario, en Palermo,
en hipódromos, en canchas,
en el suburbio, en el centro,
Berenguer es popular
por su pregón callejero:
“La Chispa Cómica” de hoy...
Yo la escribo y yo la vendo...

Y ante algunas especulaciones del periodista del diario de Botana con respecto a la presunta personalidad del pintoresco humorista-editor-vendedor, éste hizo algunas aclaraciones en el siguiente número de su publicación:

[...] Mi vida no está en desorden,
ni mi cuarto es de bohemio
(aunque resulta algo chico
para los libros que tengo).
Vivo feliz con los míos
la vida del hombre austero.
Voy y vuelvo a mi trabajo
como si fuera a un empleo;
y la parte “positiva”
de mi “desenvolvimiento”
le permite a mi mujer
preparar un buen puchero
que ha de ser de cuatro “plazas”
con sus “atractivos” dentro,
pues es para cuatro estómagos...
¡bien dispuestos...!

Obviamente, aludía también a sus hijos, a uno de los cuales –Hernán– tuve hace dos décadas el privilegio de conocer, pudiendo desentrañar con su ayuda algunos puntos oscuros que no me permitían reflotar la personalidad de Germán Berenguer en toda su riqueza. Alguna vez, tras la suspensión por tres días aplicada por el Presidente Ramírez a *La Prensa* en 1943, Berenguer se presentó en sus lugares habituales de venta, pregonando: “Yo la escribo, yo la vendo, y cuando quiero la suspendo”; tal decisión, más allá de la humorada, se concretaría efectivamente tres años después, al anunciar Berenguer a sus lectores:

Este número 86 es el último que publico de LA CHISPA COMICA. Diez años y medio de vocearla me han afectado la garganta en forma que me veo obligado a no gritar nada y a hablar lo menos posible y quedamente, si no quiero estropearme del todo. Y no pudiendo explotarla en otro plano, para que los demás la vendan, firmo yo mismo su ACTA DE DEFUNCION, no por falta de materia prima, que la tengo y muy abundante, aunque no sé cuándo la publicaré, sino por falta de voz...

Ese “aficionado a las letras” –como se había autodefinido en su último mensaje a los lectores de *La Chispa Cómica*– aún continuó algunos años en sus otras tareas periodísticas, llegando a jubilarse como corrector de pruebas. Ya había perdido la voz que le permitiera popularizar *La Chispa Cómica*, y más que el título de la revista, su slogan: “Yo la escribo y yo la vendo”. Ahora estaba empezando –o creía estar empezando, impresionado por la experiencia de un hermano– a perder la vista. Y un 1º de junio de 1959 entendió que la vida de un ser humano no difiere mucho de la de una revista hecha con amor, y que en uno y otro caso su continuidad puede depender de una decisión personal...

Buenos Aires, 5 de mayo de 2012

OSCAR VÁZQUEZ LUCIO (SIULNAS)
Académico Emérito